

XIV.

A las siete en punto llamaba Alberto á la puerta de la casa que Ricardo le había indicado. Vino á abrirle un criado con una luz en la mano, le hizo atravesar dos ó tres habitaciones, y abriendo una puerta, le suplicó que entrase y esperase unos minutos.

Entró, y el criado cerró la puerta al marcharse. Era una sala bonita, con rica alfombra, iluminada por espléndida luz colocada en medio, sobre una mesa. Alberto se sentó y esperó. Las paredes estaban adornadas con espejos y cuadros, las mesas cubiertas de flores, de libros dorados y de bagatelas; en un rincón, sobre esbelta columnilla, se alzaba linda estatua de alabastro con un brazo extendido, que parecía señalarle á él; por todas partes brillaban mil objetos. Hacía mucho tiempo que no había visto sala tan encopetada y hermosa. Tocó al respaldo de una poltrona que tenía al lado; era de terciopelo.

pelo. Miró á sus piés; había una piel de tigre. Se volvió, y se encontró bajo gran campana de cristal un reloj de bronce. Por todas partes, donde dirigía su vista, se hallaba con objetos que valían lo ménos tres veces el sueldo suyo de un mes. Se estuvo gran rato mirándolo todo con la curiosidad del niño; las flores de los bordados, los marcos de los espejos, los cordones de las campanillas, los candelabros, los almohadones, los arabescos. Luego sintió dentro de sí inmensa tristeza. Aquel esplendor le ofendía como una burla á la miseria; aquella estatua que le señalaba con el dedo, le hacía el efecto de una persona viva que le dijese:—¡Véte con Dios!—el pensamiento de que en aquel momento apareciera alguno, le turbaba; hubiera preferido esperar aún un rato más; hubiera querido esconderse, salir de puntillas; casi se arrepentía de haber venido.

—¡Qué hago yo aquí?—pensaba.—¡Qué es lo que espero? ¡Cómo puede ser posible que la gente feliz se cuide de mí?—Le pareció que oía un ruido como el que hacen las señoras al andar, se puso de pié, y mirándose al espejo, advirtió que se había puesto encendido. Se sentó otra vez y se puso á escuchar atentamente. Por fin, se apoderó de él una inquietud, una rábía de verse obligado á estar allí solo, en medio de aquella riqueza que le humillaba, en aquel estado de dolorosa espectación.... Recordó las muchas veces que había espe-

rado, de un mes á aquella parte, en otras casas, largas horas, para oír al fin contestar:—No tenemos necesidad de nadie.—Se acordó de las sonrisas compasivas de los criados y de los ugières, cuando le veían marcharse con la cabeza baja; los ratos de impaciencia de aquellos á quienes se había dirigido con súplicas; todos los desengaños, los sacrificios del amor propio, las humillaciones sufridas en presencia de gente desconocida; todo ello se le amontonó en la cabeza, con los días en que tuvo que sufrir hambres, oprimiéndole el corazón. Y llegó á preguntarse si tendría que arrastrar todavía por mucho tiempo una vida tan triste. ¿Qué delito había cometido? ¿Qué pena pesaba sobre su cabeza?—Yo no pido más que trabajo—dijo luego en un ímpetu de desconsuelo—¿deberé por consiguiente morirme de hambre? ¿Tendré que robar? ¿Tendré que suicidarme?—Se puso en pié, sentía dentro de sí una sensación que jamás había experimentado, hubiera despedazado cuanto tenía á la vista.

—¡Oh, al fin!—dijo con voz ahogada, mirando con siniestra mirada hácia la puerta.—¡Estoy cansado! ¿Qué hacen estos señores? ¡Animo, fuera, gente sin corazón! ¡Aquí espera un mendigo!

Estuvo esperando un minuto, y luego, cogiendo el cordón de la campanilla, se movió como para salir.

En este momento llegaron á su oído, de la ha-

bitación inmediata, los acordes suaves y apagados de un piano, tocado por ligerísima mano. Se detuvo y volvió á sentarse. La música fué haciendo poco á poco más ruidosa, luego de nuevo apagada, y fuerte otra vez; parecía el murmurar de persona conmovida que dijera cosas tiernas y alegres á un amigo melancólico, y que las dijera de prisa, con afán, deteniéndole; parecía una mezcla de voces de mujer, de niños que confortasen á un infeliz; le recordada la ansiosa voz de Julia, cuando decía:—No, no hables así, ten ánimo, espera todavía.

Alberto apoyó la cabeza sobre una mano, y pensó en Julia con sentimiento de tristeza y de ternura.

XV.

Una niña rubia, blanca y sonrosada, vestida de blanco, con el cabello suelto, se adelantó tímidamente hacia él, seguida por dos niños, uno de seis y el otro de cuatro años, que vinieron á ponerse delante, con atónitos ojos.

La niña se detuvo á dos pasos de Alberto, abrió una hoja de papel con las manos temblorosas, y dijo poniéndose encendida, en voz baja:

—Tengo que leer la carta.

—¿Qué carta?—preguntó maravillado Alberto.

—La carta—respondió la niña—que ha escrito papá hace un momento, y me la ha dado para que viniese á leerla aquí, al señor que estaba esperando en el salon.

—¿Y quién es tu papá?—preguntó Alberto mirando alrededor de sí.

La niña pronunció el nombre de su padre.

Alberto dió un salto hacia atrás, como si hubiera recibido un empujón en el pecho. Desde la

cabeza á los piés se mezcló toda su sangre. En un momento se acordó de todo; de la acusacion de ladron, de la miseria, del hambre, de todos los sinsabores que de hace tanto tiempo sufría por causa de aquel hombre, y creyó ahogarse de rabia y de odio. En el primer momento, tuvo tentaciones de cojer la carta, despedazarla, arrojándola á sus piés, y extendió su brazo... Pero se encontró con la mirada tímida y graciosa de la niña, que le contuvo; de encendido se puso pálido, pasó una mano por su frente, que ardía, se dominó, y dijo con la voz alterada:

—Lee, pues.

La niña comenzó á leer:

«Sr. D. Alberto: He tenido la prueba de su inocencia, y al mismo tiempo, he sabido cuáles fueron las consecuencias de mi deplorable error, todo lo que ha sufrido por mi causa, y la nobleza de su corazon. Ahora tengo por mi parte un deber que cumplir; el suplicarle que vuelva á mi bufete, al ménos una sola vez, para que yo pueda declarar solemnemente en presencia suya y de todos mis dependientes, que estoy avergonzado y desolado de haber calumniado, en un momento de aberracion, á un hombre honrado.

«Y no basta esto. Puesto que la ofensa ha sido mortal, yo tengo que pronunciar la palabra que mayor sacrificio suele costar al orgullo; pero la pronuncio sin esfuerzo, sin vacilacion, con la

«frente levantada, con el corazon en los lábios,
 «con los ojos llenos de lágrimas, que serenan mi
 «espíritu:—¡Perdóneme, Alberto!—Es un hom-
 «bre anciano quien pide perdon á un jóven de
 «veinte años, es un padre que lo pide por medio
 «de sus hijos. Béselos en la frente á los tres, Al-
 «berto. No le pido otra respuesta. Si cuando vuel-
 «va á casa, me dicen:—¡Nos ha besado!—diré
 «para mí:—¡Me ha perdonado!—y les apretaré
 «contra mi corazon con inmenso placer y recono-
 «cimiento.»

Calló la niña, y levantó sus hermosos ojos azules, lacrimosos, para mirar á Alberto.

Este permaneció un momento aturdido, respirando penosamente, y mirando á su alrededor, para asegurarse de que aquello era una realidad y no un sueño. Luego, toda su alma se iluminó de repente, todo su fondo bueno y generoso se despertó con ímpetu irresistible, arrancó la carta de manos de Amalia, la miró, la deshizo con las manos convulsas, sonriendo, prorumpió gritando con temblorosa y sonora voz:

—¡Sí, sí! ¡Perdon, perdon, perdon!

Diciendo esto, se arrojó sobre los niños, les abrazó á los tres, apretándoles contra su pecho, y comenzó á dejar caer sobre las cabecitas rubias una lluvia de besos apasionados.

En este momento se abrió la puerta, y apareció en el umbral el abogado.

Alberto se lanzó hácia él.

El abogado detúvole con una mano. En aquella mano había un retrato. El jóven lanzó un grito de alegría y de asombro:

—¡Mi madre!

Entonces le extendió sus brazos, diciéndole con cariñosa y conmovida voz:

—¡Aquí, mi querido Alberto!

Y Alberto se abrazó á su cuello sollozando.

FIN DE LAS NOVELAS.